

EL ORIGEN DE UN CANTAR

Era un típico día de otoño. La lluvia golpeteaba la calzada empedrada, acumulándose hasta formar pequeños regueros que se deslizaban cuesta abajo como si los gruesos goterones sintiesen urgencia por alcanzar el Duero. A sus orillas, los esbeltos álamos ya comenzaban a mostrar tonos amarillentos en las hojas. El bardo chasqueó la lengua lamentándose. A juzgar por el aspecto oscuro y plomizo del cielo la tormenta no pensaba amainar aún. De hecho, aparentaba con seguir cobrando fuerza. Protegiéndose bajo los soportales apretó el paso y pronto distinguió el letrero de la posada Los Dieciséis Arcos. Cubriendo el estuche de su laúd con la capa, cruzó la callejuela a toda prisa y entró poco antes de que comenzase a tronar con violencia.

El posadero era un hombre calvo de aspecto bonachón, como los típicos posaderos. Le ofreció una mesa junto al fuego y un lugar donde colgar sus ropas con esperanza de que se secasen mientras cenaba. A pesar de estar algo pasado de peso y ya entrado en años, aquel hombre se movía con agilidad entre las mesas y por detrás de la barra, y apenas tardó en servirle una abundante ración de cordero ojalado al horno acompañado de un buen vino. El juglar comió despacio, más pendiente de observarle que de otra cosa. Aunque había pasado ya largo tiempo y las descripciones que le habían dado eran bastante vagas, confiaba en que él fuese el hombre que había venido a buscar. La otra mujer que atendía las mesas debía de ser su esposa. Estaba seguro de que ella también sabía algo.

Cuando terminó su plato aún quedaba más de una docena de los clientes habituales y no tenían pinta de querer marcharse, así que hubo de improvisar otra estrategia. Pagó con las últimas monedas que llevaba en la bolsa, pidió una habitación para pasar la noche y se ofreció a tocar algo gratuitamente. En parte como agradecimiento por las sabrosas viandas, pero, sobre todo, como demostración de lo que iba a ser capaz de hacer si todo salía como tenía planeado. Al maltrecho instrumento le faltaba una cuerda y las restantes estaban bastante desgastadas, pero logró compensarlo con unas letras muy cuidadas que, según aseguró en varias ocasiones, eran todas de composición propia.

Cuando el último parroquiano por fin abandonó el local, la luz de la luna se filtraba por entre las nubes acariciando débilmente los tejados. En el estuche del laúd, estratégicamente abierto, se había acumulado un buen puñado de monedas. Tomó la mitad y las dejó sobre la barra.

—¿Qué queréis, señor? —Preguntó el posadero sin tocar un solo céntimo—. Lleváis demasiado tiempo observando y ya habéis tenido tiempo de cantar. Ahora hablad claro. ¿Quién sois?

El juglar aguardó unos segundos antes de responder, luciendo una sonrisa que trataba de demostrar la confianza que sentía en sí mismo. Quizás se pasó en la actuación, ya que lo único que consiguió fue que aquel hombre hiciese un rápido gesto a su esposa, la cual se retiró de inmediato a la cocina. Cuando volvió a salir, a penas un instante más tarde, asía firmemente un cuchillo. Lo ocultaba bajo el delantal, pero era evidente que no quería esconderlo del todo.

—¡Tranquilos, que fuimos vecinos! —Se apresuró a decir, consciente del malentendido que acababa de generar—. Nací en esta misma villa, pero marchamos hace años ya, cuando yo era un chiquillo y mis padres quisieron buscar fortuna lejos. Eran los molineros de Los Ojos...

—Buenas gentes —confirmó el posadero por fin, relajándose un poco—. Y buena voz la tuya. Sería una pena que se perdiese entre sacos de harina, si es que buscas recuperar el molino, que no lo creo...

—Busco vuestra voz. Bueno, vuestra voz no, vuestras palabras, para ser exactos. Quiero oír vuestra historia.

—¿Qué historia? —Preguntó ella, ya más amable y sin el cuchillo en las manos.

—La de las hijas de Don Rodrigo —Repuso el poeta—. Sé que la habéis vivido en primera línea y pagaré por ella si es preciso, aunque no sea mucho lo que me quede.

—Te cobraremos por la estancia, si es que aún deseas quedarte —sentenció la mujer—, pero no por contarte lo que pasó aquel día. Con que seas fiel a la verdad, es suficiente.

Con un gesto le invitaron a sentarse en una de las mesas y se acomodaron con él tras servirse unos generosos vasos de vino criado en las bodegas de la propia villa. La noche prometía ser larga.

—La gente no habló de otra cosa durante semanas —Comenzó a explicar el hombrecillo regordete—. Nunca se había visto nada parecido aquí. El tal Fele cruzó el puente al galope con unas prisas que por poco no arrolló a las lavanderas. Entró pidiendo ayuda a voces, habló algo con uno de los vasallos de Álbar Fáñez, uno al que llaman Téllez, de nombre Diego. Igual él os podría contar más, pero partió de viaje y no volverá hasta dentro de quince días o así... El caso es que hablaron, Téllez entró en la casa, salió cargado de mantas y ropas, preparó a un par de yeguas más y marcharon por donde había venido con los caballos a punto de desherrarse, tanto como corrían. Yo estaba descargando leña para la cocina. Al poco viene la mujer de Téllez a preguntar por ésta —señaló a su esposa— y subió a la planta de arriba a buscarla sin darme más explicaciones. Con la misma, bajaron corriendo y vi que llevaba la bolsa de cuero... Ahí ya supe que era algo grave.

—¿Por una bolsa? —El juglar parecía intrigado por la dramática pausa del posadero.

—Por una bolsa, no. Por esa bolsa. Blanca es muy apañada, lo mismo te prepara el mejor asado de cordero, que te arregla ovejas medio comidas por los lobos o te salva un mastín envenenado. ¡La de chiquillos en esta villa que nacieron gracias a ella! ¡Si supieras! —La mujer sonrió sin interrumpir la narración—. Sacó un bote pequeñín, se lo dio a un mozo, le dijo no sé qué y lo mandó a galope a seguir a los otros. Claro, ahí ya tuve que preguntar... “¿Pues qué pasó?” dije. “Unas chicas, que las atacaron”, dijo la de Téllez, “no se si librarán de esta...”. Y ahí que se fueron, al castillo, a esperar que las trajeran.

—¿Pero traerlas de dónde? ¿Dónde estaban?

—En la torre de la Urraca. Por lo visto, el tal Fele las había dejado allí resguardadas y vino a buscar ayuda para poder traerlas hasta la villa. Decían que las atacaron más allá, donde el robledal de Corpes. Luego supimos que habían sido esos bestias que tenían por maridos... ¡Unas ratas cobardes es lo que son! —En ese instante el posadero pegó un puñetazo en la mesa que hizo retemblar los vasos—. ¡Muertas pensaban que estaban! Si no, no las hubieran dejado allí, ¡eso te lo digo yo!

El rostro del posadero se había tornado de un color rojizo presa de la ira, pero poco a poco recuperó la compostura.

—¿Tan mal estaban?

—¿Mal? —Blanca soltó un resoplido y meneó la cabeza al recordar el estado de aquellas jóvenes—. Mal es poco... Cuando las desmontaron ni se tenían en pie. Una

de ellas, Cristina, solo hacía que sollozar, tirada en la cama desmadejada como una muñeca rota. Venían cubiertas de sangre, con llagas por toda la espalda, los ojos amoratados, hinchados... La otra, María, aún estaba peor. Con ella se cebaron hasta hartarse, le sangraba un oído, no podía abrir el ojo derecho y le habían reventado el labio. De milagro si no pierde la vista... Aun así, a pesar de todo, tenía un poco más de espíritu que su hermana y era capaz de responder cuando le hablabas. Dijo que había intentado defenderse, pero que los bastardos eran más fuertes...

La escena en aquel castillo había sido sobrecogedora. Cuando entraron a las ultrajadas damas en aquella habitación a Blanca se le quitaron los nervios que poco antes la atenazaban. O, si no se le quitaron por completo, al menos logró ocultarlos de forma convincente. Entre los lamentos y sollozos de unas, las amenazas y promesas de otros, y las preguntas de quienes se acercaban a averiguar lo acontecido, se impuso y comenzó a dar órdenes mientras se arremangaba y procedía a examinar a sus pacientes.

—¡Trae acá el agua hervida! Y paños limpios, ¡Vamos, que es para hoy! ¡Tú! pon a cocer estas hierbas en agua. Cinco minutos, no más, luego sirves un par de tazas y se las traes —Al tiempo que dirigía a todos los que se encontraban por allí, ya fuesen amos, parientes o sirvientes, extrajo de su bolsa un paquete cuidadosamente enrollado y al abrirlo quedaron perfectamente colocados una serie de escalpelos, pinzas, tijeras y agujas—. Ya, niña, ya, no grites tanto que aún estoy cortando solo la ropa... ¡Jesús cómo trae la espalda...! ¿Pero qué os pasó? ¿Os atacó un oso?

—Nos golpearon con cintos de cuero —María, sentada en un rincón esperando su turno, tuvo que escupir un coágulo sanguinolento a mitad de la frase—. Con las hebillas y con las fustas de los caballos. Hasta con las cinchas nos dieron, y creo que con algún hierro de los que llevaban en las alforjas. Eso sí, primero nos ataron a un roble los mui cobardes, no fuera a ser que nosotras les hiciésemos frente ¡Ni que fuésemos leonas! —Casi sonrió por la ocurrencia, pero el dolor hizo que su gesto se transformase en una mueca amarga—. Esto de aquí —apartándose los jirones de tela mostró un costado amoratado— fue cuando me pisaron con los estribos. Noté como me crujían las costillas al quebrarse. Primero se rompió una, pero siguieron hasta partir al menos otra más.

—Si te hubieses callado nos hubieran soltado antes —Cristina habló por primera vez, pero su breve discurso se vio interrumpido por un nuevo grito cuando notó la aguja de la médico atravesar su carne.

—¿Está ya esa infusión? ¡Venga, pues, tráela de una vez! —En cuanto la tuvo en sus manos se la ofreció a su angustiada paciente—. Niña, bébete esto. No hace milagros, pero notarás menos el dolor dentro de un rato. Y tú también, bébete el tuyo. Aquí ya no necesitas ser la fuerte. ¿Seguro que no quieres que te atienda mientras a tu hermana le hace efecto el narcótico?

—Se lo agradezco, doña, pero no es necesario. Ayúdele a ella, que yo puedo aguantar.

Blanca arqueó las cejas con resignación y siguió cosiendo, tratando de que los movimientos espasmódicos de aquella joven, poco más que una cría, no afectasen mucho a la calidad de la sutura.

—¿Fueron bandidos entonces?

Más que curiosidad la doctora trataba de entender el motivo de tanta maldad. Eso, y mantenerlas entretenidas y despiertas, valorando si eran capaces de mantener una conversación coherente. No esperaba una respuesta como aquella.

—¡Ni bandidos ni ladrones! —Fele acababa de irrumpir en la habitación nuevamente, tras entrar y salir por enésima vez—. ¡Fueron los malnacidos de sus esposos!

—¿Sus esposos?

—Como lo oyes. Viajábamos todos juntos, pero de pronto insistieron en quedarse atrás con ellas, excusándose en que querían ver anochecer y acampar bajo las estrellas. Todo eran halagos y cariños. Demasiados. ¡La culpa es mía por no haberme dado cuenta entonces! Pero al principio no sospeché y dejé que se fueran los cuatro. Luego seguí dándole vueltas y más vueltas...

—Y fuiste a buscarlas.

—Más o menos. Di la vuelta y retrocedí buena parte del camino hasta que oí los pasos de unos caballos. Entonces me oculté en el monte y vi como pasaban los dos de Carrión, solos completamente. Fernán tenía la pechera ensangrentada y Diego traía una mano vendada...

—Eso tuvo que ser del mordisco que le propinó mi hermana —Cristina parecía que finalmente comenzaba a serenarse—. Estuvo cerca de arrancarle medio dedo.

—Ojalá lo hubiera hecho, pero al menos le llegué al hueso.

—Ojalá. Pero no lo hiciste —volvió a intervenir Cristina—. Solo espero que tu osadía no te cueste el ojo... ¡Les dijo que nos decapitasen con las espadas, si tan hombres se creían!

—Niñas, por favor, dejad de discutir. ¡Tú! —Se volvió hacia una de las sirvientas— tráeme más hilo de tripa, y gasas de lino. Están en la bolsa. Ahí no, más a la derecha... No, eso es de seda, no de tripa. El otro. Ese. Dámelo. Sigue hablando Fele, por favor.

El hombre tenía la mirada perdida, repasando una y otra vez sus errores y las decisiones que había tomado, por si acaso pudiera haber evitado algo o cambiado aquel destino de alguna manera.

—Les dejé marchar —Sentenció por fin—. Podía haberles parado. Podía haberles detenido allí mismo. Podía haberles matado, pero dejé que siguieran su camino y luego galopé en dirección contraria...

—De no haberlo hecho, ahora tendrías cuatro cadáveres. Dos que se lo merecían y dos que no habrías podido salvar...

—Supongo que tienes razón. —La voz de aquel hombretón se quebró nuevamente—. Aunque cuando las encontré pensé que estaban muertas.

Fele no fue capaz de describir delante de ellas cómo las había hallado en aquel florido claro en el que trinaba una cristalina fuente. Medio desnudas, con los brazos atados alrededor de sendos robles y las espaldas en carne viva. Sus caros vestidos estaban hechos jirones, mugrientos y embarrados. Tenían el pelo enmarañado, con hierbajos y hojas enredadas entre los rizos... Cuando vio sus cuerpos colgando inertes y las soltó de las ataduras, por su mente cruzó la imagen de un títere al que acabasen de cortar las cuerdas. Ni siquiera podía apreciarse si respiraban o no. Las llamó, primero con un tono dulce y suave, sacudiéndolas un poco. Luego gritó sus nombres y las zarandeó. Nada. Tuvo que vaciar casi todo su odre de agua en sus caras para lograr un mínimo gesto de vida en ellas.

Como pudo, cargó a sus primas a lomos de su caballo y avanzó guiándolo a pie todo lo rápido que la angustiada situación le permitía. Se debatía entre las prisas por salir del bosque antes del anochecer y la cautela de evitar que aquel par de cuerpos casi inertes cayesen de la montura. Con el transcurrir del tiempo las sombras crecían entre los inmensos robles y comenzaban a escucharse los pasos y sonidos propios de las bestias nocturnas. Encendió una antorcha y siguieron avanzando hasta llegar a la vieja torre de la Urraca en plena oscuridad. No había nadie allí que pudiese

ayudarles, pero al menos entre aquellas cuatro paredes de piedra se sentían más protegidos.

Fele tampoco contó cómo las acomodó en un viejo camastro cubriéndolas con su propia capa, ni cómo se obligó a sí mismo a dejarlas allí abandonadas a su suerte mientras galopaba hasta la cercana villa de San Esteban en busca de ayuda. Sabía que, para cuando regresara con ellas, era posible que ya no estuviesen en el reino de los vivos. Pero si algo tenía seguro era que, si seguían avanzando en aquel estado, a aquel ritmo, las perdería por el camino antes de llegar a ningún lugar habitado. Así que se despidió de ellas, las besó en la frente y dejándolas sumidas en un estado casi febril partió al galope rumbo a la villa.

No fue consciente de haber estado a punto de arrollar a unas lavanderas cuando cruzaba el puente. Fue directo en busca de los establos de Téllez, pues sabía dónde se localizaban, y allí le pidió ayuda a gritos.

—Las gotas esas que nos diste —Fele recordó de pronto el frasquito que la doctora les había hecho llegar—, no sé qué tienen, pero hicieron que les bajase la fiebre y las espabilaron bastante. Si las llegas a ver antes...

—Me puedo hacer una idea...

—No. No creo que puedas.

—Tienes razón. No puedo. No me entra en la cabeza. Niña —ajustó el vendaje con un par de nudos—, esto ya está. Descansa un poco e intenta dormir. María, ahora voy contigo.

Cristina se dejó caer en el lecho agotada. La infusión por fin había empezado a hacer efecto y el dolor se había vuelto un poco más soportable.

—¿Por qué tanto odio?

En la posada, el bardo trataba de entender los motivos de tan brutal agresión. Con lo que le habían contado hasta ahora tenía material para elaborar como mínimo un buen cantar, pero le parecía que aún podía sacar algo más.

—¿No sabes lo del león del Cid?

El posadero abrió los ojos con incredulidad, pero la negativa del juglar parecía sincera, así que rellenó los vasos con más vino y se dispuso a contarle cómo, durante un banquete en Valencia, uno de los leones del Cid se escapó de su jaula sembrando el pánico entre los asistentes.

—La mitad de los comensales estaban ocupados charlando de sus asuntos y la otra mitad andarían borrachos como cubas. Dicen que Don Rodrigo quedara dormido en el trono cuando, de pronto, una de las fieras logró salir de la jaula y comenzó a pasearse por el salón. Cuando los infantes la vieron, en lugar de sacar las espadas y hacerle frente como caballeros que eran ¡huyeron con el rabo entre las patas! —Soltó un resoplido divertido—. ¡Fernán acabó encogido bajo el trono de Don Rodrigo como si allí no pudiese pasarle nada! y el otro, el Diego, ¡cogió la puerta y salió por patas hasta el lagar, a esconderse detrás de una viga! ¡Pálidos como un muerto estaban cuando los hallaron!

Sin ahorrarse los adjetivos y las hilarantes comparaciones (de las que el poeta tomaría buena nota), el posadero procedió a describir la situación como si la hubiese visto con sus propios ojos, en parte gracias a lo que le habían contado, y en otra parte quizás mayor, gracias a su propia imaginación. Le habló de cómo el león, inmenso y majestuoso, había saltado con agilidad sobre la mesa para devorar los restos de un faisán al horno. Había hecho añicos las copas y derramado el vino a su paso, se había lanzado en vano contra algunos espejos creyendo que eran otras fieras como él, había intentado evitar a los caballeros armados, como intuyendo gracias a su instinto que aquella batalla estaría perdida antes de empezar, y se había dedicado a explorar todos los rincones de aquel salón en busca de una salida.

El posadero también describió con un tono burlón la cobardía de los dos de Carrión, y el tufo que salía de los pantalones de Don Diego cuando por fin lograron convencerle de que saliese de entre aquellos maderos, una vez que el Cid hubiera encerrado de nuevo a la fiera.

La chanza a costa de los infantes había recorrido toda la región y, a pesar de que Don Rodrigo había prohibido a sus hombres que se burlasen de sus yernos, la fama de cobardes les precedería siempre allá donde fuesen.

—No lo encajaron bien —continuó—. Fueron cobardes con el león y lo fueron luego para con el Cid y con las chicas pues, en lugar de enfrentarse a aquellos que se reían de sus desventuras, lo pagaron con quienes menos podían defenderse. Como si masacrar a unas niñas les pudiese devolver ni una mínima parte del honor...

—¿Las chicas sobrevivieron?

—Gracias a Dios y a las manos de mi esposa, sí. Vivieron y se repusieron. Pocos días después de que las trajeran a la villa, llegó también ese que llaman Minaya, pariente del Cid, a buscarlas. Se alojó con ellas y con Fele en el castillo unos cuantos días, hasta que se repusieron del todo, y finalmente partieron los cuatro. Pocas veces vi a unas personas más agradecidas, la verdad sea dicha.

—¿Se sabe algo de la suerte de los Infantes?

—¿De los de Carrión? —El posadero frunció los labios en una mueca de desdén—. No sé nada. Solo espero que Fele los encuentre y que reciban tanto como causaron.

Blanca asintió ante aquellas palabras y lo mismo hizo el juglar, que no había parado de tomar notas ni un solo instante. Para cuando hubieron acabado de hablar, los gallos ya habían comenzado con sus cantos, así que optó por descansar unas horas más, aunque sus hospederos no podrían hacer lo mismo pues en Los Dieciséis Arcos los fogones deberían ir poniéndose en marcha.

Cuando el poeta partió de camino era una tarde tranquila, fresca pero agradable. La típica tarde de otoño con las doradas hojas de los álamos bailando y meciéndose arrastradas por el viento. Las setas brotaban en el sotobosque ayudadas por una humedad creciente y las liebres correteaban a sus anchas acompañadas por un tenue olor a tomillo.

En aquella apacible tarde, el juglar no llegó a pensar siquiera que no alcanzaría con vida la siguiente villa.

Tras haber avanzado unas cuantas horas, había sentido la urgencia de añadir algunas líneas en su manuscrito así que detuvo su marcha. Apoyado en el tronco de un árbol, corregía con afán los pliegos de anotaciones y enlazaba unos versos tras otros magistralmente. Centrado como estaba en rimas y métricas, pensó que los caminantes que se acercaban eran viajeros como él. No vio los pañuelos que cubrían parcialmente sus rostros ni las dagas que llevaban al cinto. No vio como el arquero tensaba la cuerda y lanzaba una flecha con una precisión directa a su garganta.

No la vio, pero sintió el impacto.

Ahogándose como estaba en su propia sangre, tuvo tiempo de pensar con pena que no había llegado a firmar su última obra, que quizás ahora se perderían sus palabras y que ya nadie más sabría de su nombre ni escucharía su voz alegrando las tardes en las tabernas.

Los bandidos no lograron hacerse con gran cosa de valor, pues a aquel juglar no le sobraban la plata ni el oro. Solo consiguieron un puñado de monedas, un viejo laúd maltrecho al cual faltaba una cuerda, y unos versos que guardaron para empeñarlos en el primer lugar en que se los cambiasen por algo de dinero. Ni tan siquiera eran capaces de leerlos, aunque tampoco lo intentaron con mucho esfuerzo.

El poeta no llegó a ver como sus manuscritos pasaban a las manos de otro juglar como él. No supo que los nombres de las dos jóvenes serían cambiados por los de Elvira y Sol cuando aquel otro hombre pretendió ganarse la simpatía del mismísimo conde Lara al mencionar a su hija, o la de uno de los hombres más relevantes de San Esteban al llamar a la otra como su esposa. No habría estado de acuerdo en que cambiasen algunos versos y esas nobles mujeres pareciesen unas damas más indefensas de lo que en realidad habían sido y, sin duda habría muchas más cosas que no habría permitido cambiar. Con otros arreglos probablemente sí que hubiese coincidido y, sin duda, le hubiera gustado leer las nuevas estrofas y versos. Escucharlas siendo entonadas por otras voces y por la suya propia.

El juglar de San Esteban nunca llegaría a saber que su última y magistral obra sería conocida en el mundo entero y aún se hablaría de ella siglos después. Con un último hilillo de vida pudo ver como aquellos desconocidos se alejaban con su laúd y sus manuscritos bajo el brazo. Un momento más tarde, la pluma que aún sostenía se deslizó de entre sus dedos manchados de sangre y tinta y cayó sobre la hierba.

Nedrakse